

LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA Y LA PROCLAMACIÓN DE LA II REPÚBLICA (1930-31)

La dimisión de Primo de Rivera abría a Alfonso XIII y a sus consejeros tres caminos posibles:

1º. Prolongar la Dictadura y encargar a otro militar, dotado de plenos poderes, la misión de construir un nuevo Estado de derecho, proyecto en el que había fracasado Primo de Rivera.

2º. Retornar sin más a la "*normalidad constitucional*" (la de 1923). Era la solución más rápida, también la aparentemente más sencilla, pero nadie veía la forma de recomponer, de la noche a la mañana, una realidad históricamente deshecha, y en cierto modo ya inexistente.

3º. Solución intermedia: nombrar a otro general, todavía también con plenos poderes, pero con la misión de emplearlos para reconstruir el pasado, y volver a la "*normalidad constitucional*" en un proceso meditado y canalizado, sin traumas.

Esta última pareció entonces la vía más prudente, y Alfonso XIII encargó la formación de Gobierno al general **Berenguer**, jefe de la Casa Militar del Rey. Ya hemos puesto de manifiesto que su objetivo declarado era la vuelta al régimen constitucional, como si nada hubiese ocurrido a partir de 1923. Pero desde el principio se pudo ver que tal propósito era imposible de cumplir. Ni Berenguer era un político hábil, ni tuvo suficiente apoyo: conservadores y liberales se negaron a participar en el Gobierno, recelosos de la voluntad real del Monarca, y sólo algunos miembros de la oligarquía financiera y caciquil se prestaron a entrar en el gabinete. La lentitud con que se restablecieron las libertades constitucionales y la falta de precisión en el proceso de vuelta al sistema político parlamentario fueron minando mes a mes el poco prestigio con que se inició la labor del Gobierno, que fue calificado por la prensa de *Dictablanda*. Además, el Gobierno cometió el error de desarrollar una política económica de restricción de inversiones y de eliminación de gastos públicos para equilibrar el presupuesto, justo cuando las consecuencias de la crisis económica empezaban a aparecer. El resultado fue que la producción se hundió más, aumentó el paro y creció la exasperación tanto de los industriales como de los obreros.

A lo largo de 1930 la oposición fue creciendo. Muchos políticos de prestigio, como Sánchez Guerra y Osorio y Gallardo, se declararon públicamente "monárquicos sin Rey", expresando así su oposición a Alfonso XIII, mientras que otros, como Alcalá Zamora o Miguel Maura, se declararon republicanos. Sólo los monárquicos más intransigentes, como La Cierva o Ángel Herrera mantuvieron su apoyo al Rey a través de la *Unión Monárquica Nacional*, construida sobre las ruinas de la *Unión Patriótica* primorriverista.

El movimiento republicano experimentó en aquel año un auge y un crecimiento de su popularidad decisivo. El viejo *Partido Republicano Radical* que dirigía Lerroux resurgió entonces con nuevas fuerzas. Alejandro Lerroux, en 1931, ya no era el demagogo revolucionario de sus años mozos; se aparecía como un hombre maduro, moderado, que aspiraba a servir de puente entre derechas e izquierdas en una República capaz de albergar a todos. Y a los viejos republicanos se unían los nuevos, como el grupo de *Alianza Republicana* dirigido por Manuel Azaña, y más tarde un grupo de intelectuales, como Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, que fundaron la *Agrupación al Servicio de la República*. Asimismo, se fundó también la *Derecha Republicana* de los ya mencionados

Alcalá Zamora y Miguel Maura, en julio de 1930. Al republicanismo se sumaron también los grupos nacionalistas catalanes y gallegos, que veían en la República la posibilidad de conseguir estatutos de autonomía. También el movimiento obrero pasó a defenderla. Los socialistas, pese a sus preferencias republicanas de siempre, tardaron en unirse al movimiento por su reticencia a colaborar con los "partidos burgueses", pero acabaron sumándose a la empresa común gracias fundamentalmente a Indalecio Prieto. Incluso la CNT, que volvía a actuar en la legalidad, optó por apoyarla. Intelectuales y estudiantes se alinearon igualmente contra la monarquía: la FUE y la mayor parte de los catedráticos progresistas mantuvieron la huelga y las manifestaciones contra la *Dictablanda*. Por último, el republicanismo comenzó a cuajar en el Ejército, especialmente entre los oficiales jóvenes, y sobre todo en el Cuerpo de Aviación y en el Arma de Artillería, organizándose la *Asociación Republicana Militar*.

En agosto de 1930 se reunieron los representantes de los principales partidos republicanos y regionalistas. Rápidamente se produjo el acuerdo: el *Pacto de San Sebastián* significó la formación de un frente unido contra la monarquía. Se organizó un *Comité Revolucionario*, encabezado por Alcalá Zamora, encargado de contactar con los militares republicanos y con los líderes obreros para organizar un levantamiento. En octubre la cúpula socialista se suma al *Pacto*. En el mismo mes también la CNT decidió apoyar la conspiración, pero sin participar directamente en ella. El frente de oposición estaba cerrado, y el *Comité Revolucionario* empezó a formar el Gobierno Provisional de la futura República.

LA COALICIÓN REPUBLICANA DE 1930-1931

Izquierda Obrera	Izquierda Republicana	Grupos Nacionalistas	Derecha Republicana
PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL / UGT Francisco Largo Caballero (*) Indalecio Prieto (*) Fernando de los Ríos (*) Julián Besteiro	ACCIÓN REPUBLICANA Manuel Azaña (*)	ESTAT CATALÁ Francesc Macià	PARTIDO REPUBLICANO RADICAL Alejandro Lerroux Diego Martínez Barrio
	PARTIDO REPUBLICANO RADICAL SOCIALISTA Marcelino Domingo (*) Álvaro de Albornoz (*)	ACCIÓN CATALANA Luis Nicolau D'Oliver	DERECHA LIBERAL REPUBLICANA Niceto Alcalá Zamora (*) Miguel Maura (*)
CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO		ORGANIZAC. REPUBLICANA GALLEGA AUTONOMA Santiago Casares Quiroga	

Los dirigentes marcados con un asterisco formaron el *Comité Revolucionario* salido del *Pacto de San Sebastián* y que preparó el advenimiento de la II República.

Todos los líderes que aparecen en el cuadro, salvo Julián Besteiro y Francesc Macià, constituirían en abril de 1931 el Gobierno provisional de la II República.

La CNT apoyó el movimiento republicano, pero no participó ni en el *Pacto de San Sebastián* ni en el *Comité Revolucionario*.

Desde entonces los acontecimientos se precipitaron. Se preparó un golpe militar para el 15 de diciembre, dirigido por Queipo de Llano y Ramón Franco. El día 12, sin embargo, los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández se adelantaron y se pronunciaron en Jaca por la República. Al no conseguir movilizar apoyos, fueron fácilmente reducidos, juzgados y ejecutados. Al día siguiente, la mayor parte de los miembros del Comité Revolucionario, que hasta entonces habían trabajado en la impunidad, eran detenidos y encarcelados, mientras el resto pasaba a la clandestinidad. Pese a ello, los conjurados intentaron llevar a cabo el golpe el día 15 en la base aérea de Cuatro Vientos, pero, desarticulada la organización, se vieron obligados a huir a Portugal.

Mientras se instruían los procesos por la sublevación, los sindicatos y la FUE desataron una oleada de movilizaciones. En enero y febrero la opinión pública giró claramente a favor de la oposición. Es ahora cuando se funda la intelectual "*Agrupación al servicio de la República*" que publica un manifiesto en apoyo de la misma, a lo que respondió el Gobierno restableciendo la censura. Para entonces, Berenguer ya no tenía apenas apoyos. Ese mismo mes anunció su decisión de convocar elecciones generales. Encontró una tibia respuesta por parte de los conservadores, recelos y hasta oposición en los liberales, y los demás partidos –reformistas, radicales, catalanistas, más los nuevos que iban formándose- anunciaron su abstención. En esa situación, consciente de que ya nada podía hacer, Berenguer presentó su dimisión el 14 de febrero.

No se dice que el error sea de Berenguer, sino más bien al contrario: que Berenguer es un error. Son otros, pues, los que lo han cometido y cometen (...). Desde Sagunto, la Monarquía no ha hecho más que especular sobre los vicios españoles, y su política ha consistido en aprovecharlos para su exclusiva comodidad (...). Al cabo de diez meses, la opinión pública está menos resuelta que nunca a olvidar la "gran viltá" que fue la dictadura. El régimen sigue solitario, acordonado, como leproso lazareto. No hay hombre hábil que quiera acercarse a él.

La normalidad que constituía la unidad civil de los españoles se ha quebrado. No existe el Estado español. ¡Españoles: reconstituid vuestro Estado!. Pero no ha hecho esto, que era lo congruente con la desastrosa situación, sino todo lo contrario, quiere una vez más "salir del paso" (...). Busca alguien que realice la política del "aquí no ha pasado nada". Encuentra un general amnistiado. Éste es el "error Berenguer", del que la Historia hablará. Y como es irremediable un error, somos nosotros, y no el régimen mismo; nosotros, gentes de la calle, de tres al cuarto y nada revolucionarios, quienes tenemos que decir a nuestros conciudadanos : ¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¿Reconstruidlo! ¡*Delenda est Monarchia!*".

J.Ortega y Gasset, primera plana de *El Sol* del 15 de noviembre de 1930.

Tras la caída de Berenguer, Alfonso XIII quiso formar, como última solución, un gobierno de coalición o gobierno nacional, capaz de buscar alguna nueva salida. En realidad no sabemos con seguridad si lo que se intentó en aquel momento fue encontrar el camino de un régimen nuevo o regresar al viejo sobre bases más amplias. Los contactos intentados fueron infructuosos, y a Don Alfonso no le quedó otro recurso que formar un gobierno de coalición de los dos partidos históricos, liberales y conservadores, presididos, para eludir la cuestión de la jefatura, por otro militar, el almirante **Aznar**, absolutamente inexperto en las tramas políticas. Aznar improvisó un gobierno de

circunstancias, con viejos nombres de uno y otro partido. Era, definitivamente, un intento de vuelta al pasado.

En las semanas siguientes, el Tribunal que juzgaba a los sublevados en Cuatro Vientos y a los miembros del Comité Revolucionario impuso condenas muy leves, al admitir el argumento de la defensa de que se sublevaban contra una Dictadura, y no contra la Constitución. El juicio fue un auténtico mitin republicano, y los acusados salieron en libertad, ante el escándalo de la prensa monárquica.



Los procesados del Comité Revolucionario en el Consejo de Guerra: de izquierda a derecha aparecen Álvaro de Albornoz, Alcalá Zamora, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Santiago Casares Quiroga y Miguel Maura. No fueron procesados, al estar en rebeldía, ni Manuel Azaña ni Indalecio Prieto.

La idea del nuevo gobierno era la de convocar unas elecciones municipales, que representaban el mínimo riesgo, servirían para que los partidos comenzasen a "entrar en forma" y permitirían auscultar la opinión y al mismo tiempo tratar de manejar los resortes habituales. Un claro triunfo monárquico permitiría ir después a unas elecciones provinciales y finalmente a unas generales para reanudar las tareas parlamentarias.

Las **elecciones** fueron convocadas para el **12 de abril**, y esta vez aceptaron participar todos, incluidos republicanos y socialistas. El gobierno comprendió que había caído en una trampa al darse cuenta de que sus contrarios querían dar a aquellas elecciones el carácter de un plebiscito. Pero aún confiaban en la fidelidad monárquica, sobre todo en los distritos rurales.

Es muy difícil conocer los resultados concretos de aquella consulta, pero está claro que los monárquicos obtuvieron un número mayor de concejales que los republicanos, y triunfaron en 42 provincias frente a las 8 en las que se impusieron sus adversarios. A pesar de estas cifras, los republicanos se consideraron vencedores, y comenzaron muy pronto a celebrar su triunfo. De hecho, de aquellas elecciones advino la República. ¿Por qué?

Desde un punto de vista estrictamente numérico, lo ocurrido carece de sentido. Sin embargo, los mismos monárquicos, o muchos de ellos, confesaron su derrota. El propio presidente del Gobierno, Aznar, declaró ante los periodistas que "*España se ha acostado monárquica y se ha levantado republicana*". La clave de esta interpretación está en la dicotomía campo-ciudad. Si de las cincuenta provincias, 42 se habían declarado monárquicas y 8 republicanas, de las 50 capitales habría que decir exactamente lo contrario. El triunfo de los republicanos en Barcelona fue aplastante, y en Madrid obtuvieron casi doble número de votos que sus oponentes. La ciudad manda. Y en este caso, es fácil presentarla como la auténticamente representativa. Los distritos rurales son

feudos del caciquismo, "*burgos podridos*", y sus resultados no cuentan. Tal era el argumento de los republicanos, y los monárquicos sabían que, si no del todo, en gran parte era verdad.